

## Solemnidad de la Dedicación de la Santa Iglesia Catedral

Homilía Mons. Rafael Zornoza, Obispo de Cádiz y Ceuta. Cádiz 2020

Este sábado, 28 de noviembre, se cumplen 182 años de la dedicación de la Catedral de Cádiz, por parte del obispo Mons. Domingo de Silos Moreno. Se encenderán las doce velas en las columnas que fueron ungidas cuando la Catedral fue consagrada en el año 1838. Un día para sentirnos orgullosos de nuestra catedral, no solo como monumento, sino como corazón de la vida cristiana de nuestra diócesis, pero, sobre todo, para saborear la grandeza de pertenecer a la Iglesia, nuestra Madre, que es Una, Santa, Católica y Apostólica.

Para la Iglesia Católica es tan importante la catedral que cada año se celebra la dedicación de esta, evocando así la primera ceremonia que convirtió a este templo en el corazón de la diócesis, pero, sobre todo, recordando la implantación de la iglesia apostólica en comunión con el Santo Padre y la Iglesia universal. Esta ha sido y es la casa de los cristianos de Cádiz en la que se ha celebrado la Eucaristía, cada día, desde su construcción, junto con los demás sacramentos, especialmente las ordenaciones y diversos encuentros diocesanos. Pocos lugares hay en nuestra diócesis que hayan acogido vivencias tan particulares y tantas celebraciones como las que han tenido lugar dentro de los muros de la Catedral.

La Catedral es el templo madre de nuestra diócesis y el núcleo de su vida religiosa desde hace tantos siglos, por eso la “Dedicación de la Santa Iglesia Catedral” se celebra litúrgicamente como solemnidad, no solo en este templo, sino en toda la ciudad y como fiesta, en segundo grado en importancia litúrgica, en toda la Diócesis.

Nos ayuda a vivir esta solemnidad conocer los Rituales de Dedicación (o “consagración”) que existen desde antiguo. El antecedente de la ceremonia de dedicación de la catedral lo encontramos en la consagración del Templo de Jerusalén. Siglos después, con motivo de la restauración del culto en el tiempo de los Macabeos, se fijó la fiesta *Hanukah* para celebrar el aniversario de la dedicación del templo. Las primeras dedicaciones de templos cristianos de las que hay noticia nos llevan al siglo IV y solo hacen referencia a la celebración de la misa con la participación de muchos obispos. Después se puso en práctica el sepultar reliquias de mártires debajo de la mesa del altar, evocando las palabras del *Apocalipsis* 6, 9: *Al pie del altar vi las almas de los que habían sido degollados por causa de la palabra de Dios*. En la Edad Media se añadieron otros ritos a estos configurando una celebración larga que incluía exorcismos, aspersiones, plegarias de consagración, unciones en cada una de las cruces, deposición de reliquias bajo el altar y misa. Las marcas grabadas en la piedra, llamadas cruces de consagración, son signos donde aún hoy se colocan velas que arden durante toda la jornada hasta consumirse.

Este rito se abrevió tras el Vaticano II con la aspersion con agua bendita, proclamación de la palabra de Dios, unción del altar y muros y la celebración de la misa. La celebración cada año del aniversario de la dedicación de la catedral es para toda la diócesis y se ve

“como la fiesta conmemorativa del Bautismo, no de un individuo sino de la comunidad cristiana”.

Hermanos: somos “dedicados”, “consagrados” a Dios, un pueblo de fieles discípulos del Señor, por eso celebramos con gozo inmenso la dedicación de esta iglesia y nuestra pertenencia a ella, porque nos habla de nuestra consagración bautismal. Somos templo del Espíritu Santo, piedras vivas en la construcción de la Iglesia santa. El templo habla de nosotros y es signo, como nosotros hemos de ser, de la presencia de Dios entre los hombres. La catedral, un edificio especial que hace referencia a la “iglesia madre” de una diócesis, sede del obispo, donde tiene su cátedra, es signo de su magisterio y de su potestad como pastor de una Iglesia particular. Aquí ha de reconocerse el culto más significativo y ejemplar, la cultura que nace del diálogo con la historia, y la caridad que es nuestro signo de identidad. Todo ello en función de nuestra consagración a Dios, de nuestra santificación, para que Cristo esté presente en el mundo y siga ejerciendo su misión de evangelizar, invitando a todos a formar parte de su casa y hogar, antesala del cielo.

Reconocemos hoy principalmente que la Iglesia es la esposa de Cristo, signo visible de la gracia invisible otorgada por Dios a los hombres. «La Iglesia es en Cristo como un sacramento o el signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (Concilio Vaticano II). Jesucristo, Dios Encarnado, se prolonga en la historia en su Cuerpo, la Iglesia. La Iglesia es la casa que Dios se ha creado en el mundo por la encarnación histórica en la acción exterior de Jesucristo y crece por la acción interior del Espíritu Santo mediante la Palabra de Dios y la gracia de los sacramentos. Su presencia en el mundo es apostólica, pues es el apóstol quien garantiza la certeza de la revelación, la unión en la caridad, es maestro que predica el evangelio de Cristo y celebra aquellos ritos sagrados que rememoran, actualizan y comunican la acción salvadora de Cristo redentor.

Elevemos nuestra acción de gracias a Dios, que se ha hecho presente entre nosotros en la Iglesia, con el deseo vivo de corresponder a nuestra vocación a la santidad a la que somos llamados para hacer presente a Cristo en el mundo. Renovamos nuestro deseo de comunión en la caridad con el propósito de ofrecer al mundo un hogar donde encontrar el abrazo de Dios y la proximidad de una comunidad de hermanos.

Oremos hoy intercediendo al Señor por cuantos sufren la pandemia, por todos los necesitados de trabajo, alimento o vivienda, y también por cuantos no conocen a Dios ni experimentan el consuelo de su presencia. Ofrezcamos nuestras vidas para que, como piedras vivas de la Iglesia, hagamos presente el consuelo de la esperanza y de la caridad de Dios entre nosotros. AMEN.